"INTERMINABLE IMAGEN", DIEGO JESUS JIMENEZ EN LA COLECCION CALLE DEL AGUA

Helena Fidalgo Robleda

Interminable imagen es el título del segundo libro publicado en la Colección Calle del Agua (el primero fue *Una tarde a las ocho*, de Antonio Pereira). Su autor, Diego Jesús· Jiménez, ha escrito libros de poesía y ensayo y ha recibido importantes premios por su labor poética: Premio Adonais en 1964 por el libro *La ciudad*, Premio Nacional de Literatura en 1968 y otras distinciones (el "Fray Luis de León", el "Juan Ramón Jiménez" y el "Gil de Biedma"). En 1995 obtuvo también el Premio de Poesía de Villafranca del Bierzo.

Integran la obra ahora editada dos amplias composiciones, "Poética" e "Interminable imagen" (esta última es, precisamente, la que da título al libro). La edición se completa con dibujos de Juan Carlos Mestre.

Poética se define como la disciplina que marca los principios y reglas de la poesía en cuanto a su forma y esencia; tiene, pues, un carácter normativo y atiende tanto a la materialidad de la palabra artísticamente elaborada, como al contenido que transmite. La poética, además, se edifica sobre la estética general de la creación artística, ya que solamente a través de la intuición estética pueden la realidad y la vida encontrar su correspondencia en la obra de arte.

En esta "Poética" de Diego Jesús Jiménez se ahonda precisamente en esa relación, compleja y difícilmente definible, entre poesía y realidad. ¿Cómo se puede aprehender "La niebla que contemplas en los ojos del corzo/ que acaba de morir; la sangre de la ortiga/ que habita los aromas que descienden del monte; la imagen de la alondra/"? El poeta nos viene a decir que la forma artística individual iza la realidad, pero no la anula; no se enriquece el objeto, no se le representa, se le transpone a un plano distinto de valores a través de la palabra, que es siempre la frontera. Así, el artista sabe que debe participar como creador en interdependencia tensa con el mundo, salvar su resistencia, sentir la forma o la belleza y superar así la materialidad de la palabra: "...Penetrar el palacio/ cerrado de las cosas; contemplarnos a solas/ en sus rotos espejos (...) Vivir el movimiento que habita las palabras". En esa especie de interacción, la naturaleza no es un marco inmóvil, sino vida activa y cambiante, acontecimiento que hay que comprender: "Debes cortar los pétalos, no de la flor/

sino de su reflejo, al rubor de la orquídea que habita los arroyos/ y obtener la fragancia de la flor de la escarcha/ que sueña en el silencio recóndito del bosque".

El resultado es una imagen en la que lo perecedero adquiere un nuevo valor, un valor estable elaborado a partes iguales entre la actitud del poeta y la esencia de las cosas; en el poema, la muerte se anticipa como un fracaso semántico y el triunfo artístico como la lucha de la memoria contra la nada: "y le llamas .poema/ al placer de la mente de obtener de las cosas/ un lenguaje preciso que destruya/ con el fermento de sus signos, las leyes/ que edifica la muerte".

El segundo poema, "Interminable imagen", resume en su título un fluyente espacio de imágenes encadenadas que, como un río, transportan la mirada del poeta sobre la catedral de León. La imagen que crece inagotable es la única manera de trasladar al lenguaje la riqueza de sensaciones simultáneas que atrapan al contemplador: el rumor del tiempo en el espacio, la arquitectura, armónica como una composición musical, del recinto, la plenitud de percepciones que confunden a los sentidos.

Allí, "donde la piedra teje un invernal silencio/ que dibujan las cúpulas", el poeta siente la presencia viva del pasado, el movimiento de los siglos en aparente quietud que sólo puede ser comunicado como una visión contradictoria: "...Volumen insaciable/ del tiempo, tallado allí donde encienden los ángeles/ sus hogueras de nieve".

Predominan en el poema las imágenes que suscitan la visión de la catedral como un tejido sutil de música y tiempo, la armonía de las esferas que el artífice trató de encerrar en las formas arquitectónicas ("geometría de sonidos tallados por la lluvia"), en las vidrieras ("suspendido murmullo de cristal/ donde narra el color episodios piadosos").

Hay como una urgencia de mostrar la plenitud sensorial que transmite el espacio de la catedral, en un aparente desorden en el que cada percepción convoca a los sentidos de forma a la vez simultánea y divergente; tal el "concierto de aromas/ que del coro desciende", o "el vacío/ murmullo que halla el tacto en el mármol", o "las voces de los fieles" que "iluminan el templo".

La expresividad del código poético procura los medios para que el escritor pueda adentrarse en la consistencia estética de este espacio, y para que el lector pueda percibir la riqueza que trasciende su realidad puramente física. "No descansan tus ojos/ ni la razón acierta al azar entregada", le dice el poeta; y esa continuidad de la mirada, en la que brillan de trecho en trecho las imágenes, "espejismos de piedra", se ha convertido en el poema en un ritmo de fluir suave, casi líquida, subrayado con una

insistente presencia de elementos acuáticos (los arroyos, el oleaje, el mar, la lluvia). El agua en este espacio simboliza el tiempo, la corriente que ni se apresura ni se detiene; imagen adecuada en esa difícil tarea del poeta de recoger lo que es, a un tiempo, impresión fugaz y esencia permanente: "Transitorio es llegar/ a parte alguna. Transitorio el sentir/ y el pensamiento".